

esta carta; pero no he podido porque me engrío y encanto en el trato de usted, aunque sea por este medio. Ahora hago un esfuerzo y le digo adiós, adiós no para siempre, sino hasta que usted se resuelva á ver en mí nada más que una amiga... que lo ama con todo su corazón.

ANARDA.



CAPÍTULO XVII

Cruzados contra herejes. La clemencia de un cura

HRAN escándalo en la Plaza de Armas; público reunido, gente arrebatándose la palabra, excitación, bulla, movimiento. Paso, y me llama Juan Díaz.

— Este, que es de los *achichincles* del Gobierno, debe de estar al tanto de todo... Desembucha, hermano, que tenemos ansia de saber qué ha pasado en el Congreso con lo de la capitulación de Puebla...

— No sé media palabra... Conozco lo que todos conocen; pero ignoro esas tempestades y esos horrores de que me hablas.

— No hagas el Metternich, que al fin no te han de nombrar Ministro de Relaciones.

— No sé nada.

— ¿De veras nada sabes?

— Ni una palabra.

— Pues eres el hijo de la dicha, porque á esta hora no hay perro ni gato que ignore que el Congreso y el Gobierno están á matar.

— ¿Por la capitulación?

— Precisamente. El pobre general Moreno tuvo el candor de pactar que se consideraría como paisanos á todos los capitulados en el sitio de Haro, y de disponer que los militares quedaban con el derecho de que el Gobierno les señalara el lugar más conveniente para su salud y subsistencia.

— ¿Y no se compromete á darles empleo, á garantizarles que comerán diariamente pan de Viena y que vestirán de paño de primera?

— Poco faltó; pero al Gobierno le ha salido la criada respondona. Hoy se han dicho tales lindezas en el seno del Congreso, que ó la capitulación se reprueba, ó quedamos en peor predicamento que lo estábamos antes.

— ¿Y qué pasa?

— Que Ocampo, Ramírez y el mundo entero opinan que hay que dar al Gobierno un voto de censura; que Montes ha ocurrido á decir que la capitulación no está aprobada ni se aprobará, y que se sabe que la causa de tan descabellada determinación, es la falta de municiones de las tropas de Moreno.

— Eso no tiene nombre; el Gobierno debió haber provisto de ellas á la guarnición, y sobre todo debió aguardar á la llegada de don Juan Alvarez, que avanzaba á marchas forzadas con dos mil hombres.

— ¿Y qué noticias, pregunté, hay acerca del sitio?

— Cosas espantosas, me contestó Juan, cosas que harían *jablar las piedras*. ¡Oh, la pasión humana, la pasión explotada por gentes diestras, qué horrores puede producir, á qué escándalos da margen! En las trincheras se predicaba que los pronunciados, los rebeldes contra la autoridad constituida, eran mártires que morían por la causa de Dios. Se besaban los pies de los cadáveres; sobre los altares de Cristo se ponían, á manera de reliquias santas, las bandas y las espadas de los caudillos de la rebelión, todavía humeantes con la sangre de sus compatriotas... Y todo esto se conducía en andas por señoras, por mujeres que como una promesa, más bien como una amenaza, llevaban el anillo de plata con la inscripción fatídica.

— Pues yo sé algo más, repuse, algo que causa verdadero espanto. ¿Recuerdan ustedes de aquellos muchachos poblanos, José María Benítez y Carlos Castillero? Castillero era aquí hasta famoso por su bella figura, figura de ángel varonil y entero, de valiente y de santo. Tú, Juan, le conociste mucho; era aquel que ocurría casi todas las noches á oír á la Vetsvali, y le regalaba ramos de flo-

res... Pues bien; allá por Octubre, Benítez y Castellero salieron ocultamente de Puebla á desempeñar una comisión de los pronunciados. Como traían papeles comprometedores, y sobre todo querían llegar á su destino sin tropiezo, tomaron sendas extraviadas, ocultándose de liberales y conservadores. Se perdió durante el tiempo del sitio la huella de los emisarios, pero se supo de fijo que no habían llegado á México. Ahora, concluídas las hostilidades y libre la plaza de Puebla, se ha empezado á hacer inquisiciones, y ya se sabe que Benítez y Castellero están muertos.

— ¿Cayeron en manos de Pueblita?

— No, cayeron en manos del cura de San Andrés, que los aguardaba acompañado de ochenta ó cien indios. Cuando pasaron por el curato los recibió con una descarga; cayeron Benítez y su criado, Castellero volvió grupas; pero no tardaron en darle alcance los indios, guiados por el cura del lugar. Con una soga al cuello, como facineroso, golpeado, vejado, maltratado, oía continuamente lo de «maldito hereje», «bandido desalmado», «puro de los demonios»; trató de hacer comprender á sus verdugos que no era lo que pensaban, sino, por el contrario, uno de los pronunciados de Puebla, que venía á México al arreglo de negocios de la causa... Castellero era lindo como un amor; tenía rubio el cabello, azules los ojos, fina la tez como la de una dama; hablaba con tal



Quando pasaron por el curato, los recibió con una descarga

calor, tenían sus palabras tal acento de verdad, que muchos de aquellos bandidos ya se inclinaban á perdonarle ó por lo menos á oírle; pero el cura, un indio *tocho* y falto de entendimiento, no quiso escuchar á los que hablaban de clemencia...

«No, exclamaba, no hay que creer la labia de estos bribones, que se fingen ovejas cuando en la realidad son lobos robadores; ¡duro en él, duro y que sirva para escarmiento de los protervos de su laya!» Castellero seguía rogando y suplicando; se arrastraba por el suelo, ofrecía mostrar los papeles que demostraban su identidad; pero el digno ministro del altar no se dió á partido. «Hijos, vociferaba, no le dejemos escapar; si habiendo tenido en nuestras manos á un enemigo de Dios, le soltáramos dejándonos creer de sus mentiras, nos atraeríamos la cólera del Altísimo... Nuestras sementeras se perderían, moriría nuestro ganado, se secarían nuestros aguajes, no llóvería más sobre esta tierra enjuta, y nos moriríamos de hambre nosotros, nuestros hermanos y los hijos de nuestros hermanos; ¡duro en él!» Castellero suplicaba de nuevo, secas las fauces, jadeante el aliento, triste la mirada; pero entonces uno de aquellos fanáticos le atizó un palo que le hizo caer en tierra. Conoció el mártir que era llegada su última hora, y pidió á gritos los auxilios espirituales; pero el cura-capitán no admitió ruegos. «¿No has oído decir *in peccato vestro moriémini?* Pues muere en tu iniqui-

dad, muere en tu infamia; los sacramentos se hicieron para los hijos de la Iglesia, no para los malvados. ¿No has oído que *la muerte del pecador es detestable*? Pues detestable tiene que ser la tuya, hereje, réprobo, vástago de Satanás, aborto del infierno.»

Y levantando la mano dió de golpes al pobre caído, ensangrentándole el rostro delicado, manchándole el traje de corte señorial...

Como si aquello hubiera sido una señal, todos los bandidos descargaron su furia contra Carlos. Uno le rompía el cráneo con un garrote, otro le sumía una costilla, el de más allá le picaba los ojos con un palo ferrado hasta hacerle salir los humores... No faltó gañán de aquellos que pusiera la inmunda pata sobre el rostro que muchas damas habrían querido devorar á besos de amor, ni salvaje que dejara de arrancar mechones de la cabellera ó pelos del rubio bigotillo del joven... Cuentan que cuando estaba Castellero rígido, inmóvil y sin vida, fluyéndole sangre de la nariz, con los ojos hechos pedazos y con la cabeza destrozada, empezó el despojo, más repugnante quizás que la muerte...

Uno quitaba las botas, otro los pantalones, el de más allá desarticulaba los brazos por arrancar la camisa bordada; quién robaba el dinero, quién las sortijas de los dedos, quién el reloj ó la cartera...

Pronto quedó el cuerpo vestido nada más con un

calcetín, la camiseta y una faja verde; en el pecho blanquísimo se veían varios escapularios, medallas benditas, reliquias y rosarios.

Llamó aquello la atención del párroco, y entonces vió



que en un dedo le quedaba todavía una argolla de plata de cruzado; examinó los papeles y se encontró entre muchos escritos en clave, imágenes de santos, oraciones, una bolsita con cera de Agnus...

Temeroso de haber cometido una atrocidad, mandó echar el cadáver á un hoyo del camino, poner una piedra

encima y tapar todo con ramas. Allí quedó hasta que, inquiriéndose el paradero de los pobres muchachos, se supieron los detalles del suceso... Y ¿saben ustedes cómo se disculpa el cura? Diciendo que él creyó que se trataba de un enemigo de la Iglesia, y aun así encuentra defensores entre los periódicos conservadores, que dicen es muy disculpable el error del simpático sacerdote, que no podía, naturalmente, distinguir si se trataba de un amigo ó de un enemigo.

— ¿Y qué fin tuvieron, preguntó Castillo, Orihuela, Miramón y Vélez?

— Se marcharon á unirse con Osollos, que con mil hombres está en Tlaxcala, contestó Juan.

— Pues esto va á durar más que cualquier revolución de las muchas que hemos tenido.

— Quizá ninguno de nosotros alcance á ver el fin.



CAPÍTULO XVIII

El cuerno de la abundancia. Se jura la Constitución

JUEVES cinco de Febrero de mil ochocientos cincuenta y siete, á las diez de la mañana, se señaló para la lectura y juramento de la Constitución. El gentío era inmenso; las galerías estaban apretadas de cabezas negras, de caras cobrizas, de chaquetones de telas claras y de colores vivos.

A medida que los diputados iban entrando, eran saludados con aplausos ó con ceceos, según los grados de simpatía que alcanzaban. Ramírez no hizo caso de gritos ni de insultos; don Santos Degollado, que sufría de una eterna blefaritis, se manifestó nervioso cuando le insultaron algunos bellacos, dicen que enviados por Barrón; Mata retó con su aspecto entero á los que le dirigieron